

Robertson Davies

Asesinato y ánimas en pena

Traducción de José Luis Fernández-Villanueva

Primera edición en Libros del Asteroide, 2015
Título original: *Murder & Walking Spirits*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Robertson Davies, 1991

© de la traducción, José Luis Fernández-Villanueva, 2015
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-53-5
Depósito legal: B. 19.892-2015
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Brenda

Los narradores saben por experiencia que un asesinato vale como mínimo por dos monstruos y por tres ánimas en pena. Porque la consecuencia del asesinato es la horca, con la cual la chusma se deleita maravillada. Pero cuando los asesinatos y las ánimas se juntan no hay narración que se acerque a describirlos.

SAMUEL BUTLER (1612-1680)

Índice

I. Toscamente traducido	13
II. El regreso de Caín	47
III. Con el agua y el Espíritu Santo	107
IV. El maestro de obras	175
V. Secretos de un matrimonio	239
VI. El País de la Alegría Perdida	287
VII. ... Sigo mi camino interminable hacia los cuatro puntos cardinales	343

I

Toscamente traducido

Nunca en mi vida me asombré tanto como cuando el Husmeador sacó el arma escondida de su funda y de un golpe me dejó tendido en el suelo, completamente muerto.

¿Cómo supe que estaba muerto? Tal como me pareció, recuperé la conciencia un instante después del golpe, cuando oí que el Husmeador decía con voz trémula: «¡Está muerto! ¡Dios mío, lo he matado!». Mi mujer estaba arrodillada a mi lado, me tomaba el pulso y ponía la oreja sobre mi corazón. Con un notable dominio de sí misma, dadas las circunstancias, dijo: «Sí, lo has matado».

2

¿Dónde estaba yo? Contemplaba la escena desde muy cerca, pero no estaba en el cuerpo que yacía en el suelo. Mi cuerpo, con un aspecto que no había visto en mi vida. ¿Había sido yo un hombre tan grande? ¿No un hombre descomunal, no un gigante, pero de dos metros y bastante pesado? Así lo parecía, porque allí estaba tendido, con mi traje de verano no muy bien planchado, en contraste con mi mujer y el Husmeador, los dos

desnudos, pues habían saltado de la cama —mi cama—, donde los había sorprendido.

Un cliché que se da a menudo en el mundo pero, para mí, una novedad: el marido encuentra a la mujer en la cama con el amante; el amante salta, saca un arma que tenía oculta y asesta al esposo un severo golpe —demasiado severo, según me parece ahora— en la sien, y el esposo cae muerto a sus pies. Mi asombro, como ya he dicho, fue el mayor de mi vida, sin que dejara sitio a la indignación. ¿Por qué rayos lo había hecho? ¿Y era verdad que no podía deshacerlo, tal como él y yo deseábamos con tanto fervor?

El Husmeador estaba aturdido, se había retirado, encogido, a la cama, se había sentado en ella y lloraba histéricamente.

—Vamos, para ya —dijo mi mujer furiosa—. No tenemos tiempo para estas cosas. Cállate y déjame pensar.

—Ay, Dios mío —gimoteaba el Husmeador—. Mi pobre amigo Gil. No quería hacerlo. No. No quería hacerlo. ¿Qué pasará ahora? ¿Qué me van a hacer?

—Si te cogen, lo más probable es que te ahorquen —dijo mi mujer—, así que deja de hacer ruido y haz exactamente lo que te digo. Primero de todo, ponte algo encima. No... espera. Primero limpia esa maldita cosa con un trapo y devuélvela a su funda. Está ensangrentada. Luego vístete, vete a tu casa, y procura que nadie te vea. Tienes cinco minutos. Entonces llamaré a la policía. ¡Date prisa!

—¡La policía!

Su pavor era tan ridículo que me reí a carcajadas y entonces me di cuenta de que no podían oírme. El Husmeador estaba completamente amedrentado.

No así mi mujer. Era valiente y decidida y admiré su dominio de sí misma.

—Pues claro que sí, la policía —dijo—. Han asesinado a alguien. ¿De acuerdo? Hay que informar inmediatamente. ¿De acuerdo? ¿Trabajas en un periódico y no lo sabes? Haz lo que te he dicho y hazlo de prisa.

¿Habían sido amantes esos dos? ¿Qué ternura sentían en aquel momento? La única señal que dio mi mujer de que sus nervios estaban alterados fue volver a su antiguo latiguillo de preguntar «¿de acuerdo?» en medio de la conversación. Creía yo que le había quitado tan mala costumbre, pero en este momento de crisis había vuelto a las andadas. En mi opinión, nunca fue una buena escritora. No cuidaba el lenguaje como es debido.

Gimiendo y resoplando, el Husmeador empezó a ponerse su ropa ridículamente elegante, de la que se burlaban constantemente sus colegas en el periódico. Pero obedeció a mi mujer. Lo primero que hizo fue limpiar con un trapo la fea cachiporra metálica que había sacado de su hermoso bastón. La empuñadura, cuando no estaba desenroscada, formaba parte de la cachiporra, y ahora la enroscaba en su lugar oculto. Cuánto orgullo había mostrado por aquella arma asquerosa, contra la cual yo le había advertido en numerosas ocasiones. La gente que lleva un arma, le decía yo, es casi seguro que acaba utilizándola. Pero él creía que con ella parecía un hombre arrojado, gallardo, todo un símbolo de masculinidad atrevida, una ostentación de macho. Pagó una fortuna por aquel bastón en una famosa tienda de Londres. Decía que era mejor que un bastón-espada. Pero ¿para qué necesitaba un bastón-espada o una cachiporra? De pronto el miserable desgraciado entendía el buen sentido de mis palabras. El asesino. Mi asesino.

Yo seguía enfadado, pero no podía evitar la risa. ¿Por qué me había golpeado? Supongo que fue porque, cuando los encontré *in flagrante*, a pesar de mi enfado, me burlé de ellos.

—Dios mío, Esme, *no* con el Husmeador.

Fue lo que dije. En su furia, supongo que alimentada por la excitación sexual, sacó el arma y me dio el porrazo.

Se vistió, pero sin su desenvoltura habitual. Pasó rodeando con cuidado mi cuerpo que casi tapaba la puerta, y se fue a la sala de estar de nuestro apartamento en busca del mueble-bar. Sacó una botella de coñac.

—No —dijo mi mujer, que lo había seguido—. ¿No te acuerdas? Ni una gota hasta que no se termina la función —y se rio, pero él no. El viejo chiste, que él había usado tanto para referirse a los actores dados a la bebida, no le provocó ni una sonrisa ahora que iba dirigido a él—. Limpia el cuello de la botella, donde la has tocado —añadió mi mujer—. La policía buscará huellas.

¡Huellas! Huellas dactilares. Qué bien dominaba ella los intrínquilis detectivescos. Su frialdad me admiraba. El Husmeador se volvió en la puerta, evidentemente esperando un beso. Pero ella no estaba para besos.

—Date prisa —le dijo— y procura que no te vean.

Y se fue, todo lo desenvuelto que puede estar un asesino en un día de trabajo, aunque tenía la cara marcada por el dolor. ¿Quién se extrañaría al cruzarse con un crítico de teatro cuyo rostro expresara dolor? Es una de las señas de la profesión.

3

En el momento en que se fue, mi mujer, todavía desnuda como Eva en el Paraíso, se puso a hacer la cama. Una vez arreglada, se echó en ella para dar la sensación de que solo la había ocupado una persona. Después puso orden en el dormitorio y lavó y secó dos copas en el cuarto de baño. A continuación, una rápida aunque cuidadosa inspección del suelo; sacó una aspiradora y la pasó por la alfombra. Humedeció ligeramente una toalla y la pasó por todas las superficies que hubiera podido tocar el Husmeador. ¡Oh, qué mujer tan metódica!

La contemplé con admiración y un fuerte sentimiento erótico. Una mujer desnuda puede ser fascinante en la cama, dispuesta para el amor, pero es mucho más atractiva cuando está entregada al trabajo. ¡Los músculos de su espalda y sus piernas se movían con tanta elegancia al manejar la aspiradora! ¡La fina

curva de su cuello, cuando buscaba huellas! ¿Qué la hacía tan deseable en aquel momento? ¿La excitación? ¿El peligro? ¿El crimen? Porque había sido testigo de un asesinato y se la podría considerar cómplice o encubridora.

Y, luego, el teléfono.

—¿Policía? —dijo—. Han matado a un hombre. A mi marido. Por favor, vengan enseguida —y dio nuestra dirección.

No era mala actriz. Por primera vez su voz traicionó su emoción. Pero no mostró ninguna emoción cuando le aseguraron que la policía vendría. Con más rapidez de lo imaginable, se quitó el maquillaje, algo deteriorado de resultas de sus arrebatos con el Husmeador; se puso un camisón y una bata, se peinó la cabellera y luego se la agitó, supongo que para aparentar un desarreglo apropiado. Después se sentó en su mesa de trabajo —su mesa, porque tenía que preparar su historia— y esperó a que la policía llamara a la puerta del edificio de apartamentos.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

4

Por supuesto que ustedes querrán conocer algunos detalles. ¿Quién es toda esta gente?

Empecemos con el Husmeador. Su nombre es Randal Allard Going, e insiste en que entendamos bien su nombre —Allard Going— porque es un nombre distinguido, al menos en Canadá. Uno de sus tatarabuelos —sir Alured Going— fue gobernador en esta parte del mundo en la época colonial, y en la vieja iglesia de Niagara-on-the-Lake se conserva una placa dedicada a él que, en la detestable prosa de aquellos tiempos, proclama sus virtudes: «Su personalidad era demasiado grande para ser descrita, pero demasiado excelente para quedar oculta... Verdaderamente humilde, sin afectación, circunspecto sin hosquedad, animoso sin ligereza...» y bastante más en el mismo estilo

encomiástico. Pero los libros de historia dicen bien poco de sir Alured y lo más probable es que no fuera más que uno de aquellos don nadie que la madre patria enviaba a las colonias porque estaba necesitado de un empleo y no tenía la suficiente influencia para obtenerlo en la metrópoli. Pero en el Canadá de sus días fue un sapo gordo en un oscuro charco, destacando del grupo de primeros colonos de buena familia, a quienes el Husmeador se refería como la «jerarquía caballeresca», cuyo pasado añoraba y deseaba perpetuar en su persona.

Adopta lo que él cree que es un aire distinguido y sus modales son demasiado afectados para el lugar que ocupa en el mundo moderno; viste formalmente y con verdadera ostentación, porque aunque es joven —creo que anda por los treinta y dos años— siempre lleva bastón. Para estar a la altura de sus pretensiones cree que siempre necesita un arma a su alcance, y el bastón, que oculta en toda su longitud la porra con la cual me derribó, es su compañero inseparable. Físicamente no es corpulento, de hecho es más bien un mequetrefe, pero se considera una especie de D'Artagnan. Hubiera preferido un bastón-espada, pero, como explica a los pocos a quienes confía su secreto, la cachiporra es lo más apropiado para estos tiempos en que tanto abundan los atracos, incluso en la divina Toronto.

Pero uno no puede descalificar sin más a Allard Going como petimetre o necio, porque, a pesar de sus excentricidades, es un periodista muy capaz que hace un buen trabajo como crítico teatral, aunque no tan bueno como a mí, su jefe, me gustaría. No fui yo quien lo llevó a *The Colonial Advocate*, el periódico (muy buen periódico) en el que trabajo como responsable de la sección de espectáculos; lo heredé de mi predecesor. No llevo más de tres años en mi puesto, o en lo que era mi puesto, antes de que el Husmeador me jubilara para siempre.

El mote de Husmeador, que él aborrece, es una broma del periódico. Hace la crítica de obras de teatro modernas y se complace en detectar en ellas «influencias», y su manera de señalar

tales influencias, para denigrar a los escritores noveles, consiste en escribir (con demasiada frecuencia, pero no he podido quitarle la mala costumbre) «¿Husmeamos alguna influencia de Pinter (o de Ayckbourn, o de Ionesco, o incluso de Chéjov) en esta última obra de fulano?». Al fulano al que el Husmeador pretende reducir al mínimo común múltiplo. El Husmeador está convencido de que en Canadá nadie que escriba una obra de teatro, especialmente si es la primera, puede ser original en algún aspecto básico; tiene que apoyarse en la obra de algún dramaturgo de fama reconocida, casi siempre un inglés. El Husmeador es uno de los pocos vástagos que todavía cree que Inglaterra sigue siendo la Tierra Prometida.

De ahí que sus colegas en el *Advocate*, que son bastante bromistas, como suelen serlo los periodistas, lo llamen el Husmeador, y los de la sección de deportes han llegado a insinuar oscuramente que es un husmeador auténtico, que obtiene su satisfacción sexual olisqueando los sillines de las bicicletas de las niñas quinceañeras. Esto mortifica sobremanera al Husmeador, que pretende pasar por un tipo byroniano, y quizá de verdad lo sea, como demuestra a las claras su éxito con mi mujer.

No cae muy simpático, aunque es tolerado por sus conocimientos. Los cachondos del Club de Prensa lo han elegido dos veces como candidato para el Premio de Gilipollas del Año, pero al final siempre ha salido derrotado por otro candidato con más méritos, siempre del mundo de la política. Tengo que admitir que no cae simpático entre los hombres. Pero con las mujeres es otra cosa.

Mi mujer, la última conquista del Husmeador, está muy por encima de él, y hasta que los sorprendí en la cama me negué a creer los rumores que mis amigos más amables se encargaban de hacer llegar a mis oídos.

Mi mujer también trabaja en el *Advocate*, aunque no en mi sección; hace reportajes, y es una de las columnistas más des-

tacadas. Escribe sobre asuntos femeninos, en su sentido más amplio, y lo hace con criterio y convencimiento. No es una feminista fanática, aunque se muestra firme en su determinación de conseguir cualquier derecho posible para las mujeres, incluso aspiraciones no muy claras. Insta a que se tomen grandes medidas políticas sobre sus congéneres, defiende el derecho al aborto y es particularmente buena en el terreno de la compasión, ese poderoso emoliente periodístico, y pone su mayor energía en la defensa de las esposas maltratadas, las hijas sometidas al incesto y las indigentes en su extraordinaria variedad. La apoyo en todas estas cosas y admiro su celo, aunque su prosa me ataca los nervios.

Su nombre es Esme Baron. La bautizaron Edna, nombre con algunas resonancias bíblicas, pero cuando comenzó el colegio se rebeló contra él y dijo a sus padres que en adelante se llamaría Esme; sabía que en principio es un nombre masculino pero, posiblemente en una muestra precoz de su entusiasmo feminista, le dio igual; si alguien la tomaba por un hombre, era libre de hacerlo. Hizo una rápida carrera en la prensa impresa y en el momento de mi asesinato empezaba a destacar en la televisión. Aunque no sea una belleza precisamente (pero ¿quién puede precisar lo que es la belleza?), posee sin duda una hermosa figura y un rostro atractivo y serio. Cuando te habla, tiene la gran virtud de hacerte creer que eres la persona más importante del mundo, y sabe transmitir esta valiosa sensación en su trabajo televisivo; cientos de miles de espectadores están convencidos de que les habla a ellos, a ellos exclusivamente. Con esta rara virtud, ¿es extraño que estuviera pensando en una carrera dedicada principalmente a la tele, y se interesara por el Husmeador que, al parecer, goza de alguna influencia en ese medio? Al igual que se interesó por mí cuando parecía que yo podía impulsar su carrera en el periódico. Aunque suene poco amable, no es esa mi intención. Amé muchísimo a Esme, y si ella no me amó en igual medida, o me amó con cierto cálculo, me consuelo pensando

que no soy el primer hombre que se encuentra en semejante tesitura.

Pero no por eso voy a excusarla por su traición. Podía haberme dicho que estaba cansada de nuestro matrimonio y supongo que habríamos llegado a algún tipo de arreglo. Incluso podría haberme dicho que prefería a Allard Going y, después de recuperarme del ataque de risa y de mi incredulidad, estoy seguro de que también habríamos llegado a un acuerdo. Y si lo que quería era una aventura pasajera con el Husmeador, supongo que me habría conformado durante un tiempo. Ella habría llegado a la conclusión de que el Husmeador no le iba a dar lo que ella quería y me habría contado el asunto con posterioridad, cuando la influencia y el precio de él estuvieran claros. No creo ni por un momento que él quisiera casarse con ella; el concepto que tenía de sí mismo exigía una sucesión de conquistas, nada permanente. Un artista (y él se consideraba como tal, porque si la crítica no es un arte, ¿qué otra cosa puede ser?) debe ser libre.

Supongo que todo esto suena manido y repugnante, pero en el mundo en que nos ha tocado vivir no está previsto un mayor nivel de moralidad. Pero que me mataran puso las cosas bajo una luz muy distinta y espeluznante.

5

¿Y yo, el hombre asesinado? Mi nombre es —o era— y supongo que sigue siendo Connor Gilmartin, y soy el responsable de la sección de espectáculos del *Advocate*. Por lo tanto, Allard Going es uno de mis subordinados; supongo que debiera decir colega, porque no es mi estilo presionar demasiado a los redactores que trabajan bajo mi dirección; les concedo un gran margen de libertad en su trabajo y mis directivas son más sugerencias que órdenes, si bien hay momentos en que desapruuebo por completo lo que dicen y la manera como lo dicen. Lamenta-

blemente, es muy difícil encontrar periodistas que escriban bien o que al menos tengan algo de cultura, y se ríen de mí cuando les digo que la escritura inconsistente y descuidada da menos autoridad que una prosa decente. Tienes que tener en cuenta a nuestro público, dicen ellos. Y precisamente es lo que hago, porque estoy convencido de que el público es perfectamente capaz de entender una cosa bien escrita. Ser paternalista con los lectores y creerse que están pendientes, con la respiración contenida, de cuanto leen en los periódicos es, diría yo, el peor de los pecados de un periodista.

Mi parroquia, tal como la califica Hugh McWearie, incluye no solo a los que escriben de teatro, ballet, ópera y cine, además de sobre música, pintura y arquitectura y, por supuesto, al encargado y crítico de libros, sino también algunos flecos, como los especialistas en filatelia, astrología y religión. Tengo incluso bajo mi paraguas a la crítica de gastronomía, conocida en nuestra casa como Madame Estomagosucio. Tendría que estar en otra sección, como Esme, pero nuestro periódico no está muy bien organizado. Creo que McWearie, que escribe sobre religión, es mi mejor amigo, lo cual parece extraño a mucha gente porque McWearie, un escocés severo, no resulta muy atractivo a primera vista. Me gustaba ir de vez en cuando a su despacho a fumarme una pipa, porque Hugh es un fumador empedernido. Los fanáticos antitabaquistas, a cuyo grupo pertenece mi mujer, han conseguido que el director general haya prohibido fumar en todas las zonas públicas del edificio, pero no ha llegado al extremo de prohibirlo en los despachos. No fumo en el mío porque Esme dice que debo dar ejemplo, pero me escapo al de Hugh cuando quiero fumar y tener una buena charla.

¿Es ya suficiente sobre mí? Mientras espero en mi apartamento, observando a mi mujer, que no sabe lo cerca que estoy de ella, me quedo atónito cuando veo que se va a un cajón de su mesa, cerrado con llave, lo abre, saca un paquete de cigarrillos y enciende uno. Fuma junto a una ventana y echa el humo hacia

fuera. Debe de estar más alterada de lo que parece o nunca habría vuelto al viejo vicio. Llegó a fumar hasta dos paquetes diarios en la época en que fumar formaba parte de su persona como mujer de mundo y ángel de la compasión pública.

6

Viene la policía. Han sido muy diligentes respondiendo a su llamada. No hay necesidad de describir la escena que sigue. Un médico me examina, me mide y toma notas cuidadosamente. Los detectives examinan, miden y toman notas cuidadosamente. Un guardia con una máquina de escribir anota la declaración de mi mujer. No está muy segura de la hora de mi asesinato; ha perdido algunos minutos en alguna parte ¿y quién mejor que yo para saberlo? Como es natural, no se muestra muy explícita, porque ahora sí que deja que la vean alterada e inquieta, más de lo que he podido observar desde mi repentino despegue. Sacan mi cuerpo y descubro que no me siento ligado a él; en efecto, no siento ningún impulso de seguirlo, porque sé cuántas cosas desagradables van a hacerle y dónde van a guardarlo hasta encontrar en él todo lo que quieran. Prefiero quedarme con Esme porque quiero ver qué hará en esta insólita situación.

Para sorpresa mía, había empezado a sentir hambre, pero esta sensación tan habitual desaparece tan pronto como la policía envuelve mi cuerpo en una sábana de áspero algodón y se lo lleva. Recuerdo que un biólogo me contó que el proceso digestivo continúa unos cuarenta y cinco minutos después de la muerte, y es evidente que el cadáver que se llevan en la ambulancia todavía está ocupado en esos menesteres.

(¿Cómo tienen los médicos esa información *post mortem*? Mi amigo me dijo que eso se sabe desde 1887, cuando dos curiosos fisiólogos franceses, Regnard y Loye, examinaron los cuerpos de dos criminales decapitados en el carro que se los llevaba de

la guillotina. Uno piensa en Regnard y Loye, diseccionando y mirando en la carreta traqueteante, mientras los caballos los llevan al cementerio de los asesinos. ¡Cuánta entrega a la ciencia!)

Cuando se llevan mi cuerpo, mi hambre se va con él. Mis tripas y yo nos hemos dicho adiós para siempre. Pero mis dotes de observación están más afinadas que nunca.

La actuación de mi mujer ante la policía me deja admirado. Qué gran actriz perdió la escena cuando se dedicó al periodismo. Si su carrera en televisión toma los derroteros que ella desea, quizá esta habilidad suya no se pierda del todo.

Hace gala de un refinado sentido dramático, sin sollozos y sin dar paso a la histeria, como una mujer de gran carácter que pasa un mal trago y está dispuesta a afrontarlo con determinación. No contraría al joven guardia que le toma declaración; al contrario, de vez en cuando, al dudar ella, puedo ver cuánto la compadece.

Cuenta su historia con brevedad y perfección, porque la ha ensayado antes de que llegara la policía. Estando en la cama, con algunos de sus trabajos de periodista de campaña desperdigados a su alrededor, oyó unos ruidos procedentes del balcón del dormitorio. Antes de que pudiera averiguar qué ocurría, un hombre abrió la puerta corredera del balcón. Quedó sorprendido cuando la vio en la cama. La amenazó con el arma que llevaba —parecía una especie de porra— y le dijo que no gritara. No, no tenía un acento identificable. En aquel momento yo entré en la habitación desde la sala de estar adyacente y corrí hacia el hombre, que me propinó un golpe terrible y escapó por la ventana mientras yo caía al suelo. No, no podía describirlo, excepto que era un hombre de quizá treinta años, vestido con una camiseta y unos pantalones vaqueros. Era moreno y no sabía si iba mal afeitado o llevaba una barba rala. (Un hombre, pensé, como hay miles.) Ella se apresuró a venir en mi ayuda, pero me encontró muerto. Sí, había buscado las palpitaciones de mi corazón, el pulso, pero no había nada. Y entonces llamó a la policía.